

LA VERDADERA HISTORIA DE CAPERUCITA CONTADA POR SU ATORMENTADA MADRE PETRA.

Petra vivía en un lugar llamado Manjarín, lejos del pueblo y rayando con el lindero del bosque que se extendía hasta casi el pueblo siguiente.

La vida había sido para ella todo menos fácil.

Uno de los mayores errores que cometió, fue casarse con un hombre que, además de desconocer lo que significaba la palabra ternura tenía, como único patrimonio, una madre autoritaria y cruel. Petra y “esa mujer”, como ella la llamaba, nunca congeniaron.

Su suegra vivía sola en una casa todavía más alejada del pueblo que la de Petra (la posibilidad de que viviese con ellos jamás se había planteado. Ahí Petra impuso su criterio y muy fiero debió de verle el gesto su marido, que no osó insistir).

Petra había parido 4 hijos: tres varones (igual de brutos que el padre) y una hembra vanidosa, soberbia y, por encima de todo, mentirosa compulsiva, a quien su abuela consentía lo que Petra le negaba.

¡Petra estaba harta! Harta de la vida durísima, pendiente constantemente de los animales que, por otro lado, mantenían a la familia.

Harta de unos hijos despegados, ariscos, sucios y gandules.

Harta de los caprichos de una hija a la que su abuela había hecho creer la más guapa del pueblo.

Harta de un marido perezoso y haragán, que se pasaba el día de bares y amigotes.

Harta; lo que se dice ¡hartísima!

Su hija se llamaba Rosa pero a la abuela no se le había ocurrido mejor cosa que llamarla “Caperucita Roja”. Y todo a santo de una especie de capa con capucha, de color rojo, que le había regalado en su noveno cumpleaños.

Una tarde, Petra estaba con las gallinas; asquerosas y sucias gallinas. Rosa apareció sin más y sin más también, dijo: Me voy a ver a la abuela.

¡Mejor estaría ayudándola a recoger la colada, poner la mesa para la cena, pelar patatas, hacer su cama...! (que aquel cuarto parecía un campo de batalla). Todo esto lo pensó Petra; pero estaba tan cansada de repetir siempre lo mismo, que apenas le hizo caso.

Rosa salió de casa feliz como unas pascuas porque, naturalmente, no iba a ver a su abuela. Había quedado con el chico más guapo y simpático de la escuela, en un lugar muy apartado, entre su casa y la de la abuela. Allí jugarían al escondite, verían las ranas en la charca, perseguirían a las ardillas... ¡qué tarde tan estupenda les esperaba! Y así fue que, de tan estupenda, el tiempo se les fue sin darse cuenta y cuando quisieron fijarse, era ya noche cerrada.

Su amigo de juegos, otro holgazán igual que ella pero sin capacidad para inventar excusas, se puso a temblar pensando en la paliza que le esperaba. Rosa, por el contrario, estaba seria y reconcentrada... y no pudo soportar las lágrimas de miedo de su amiguito así que, dándole un sonoro bofetón, le dijo: No seas crío. Esto lo arreglo yo. Y le contó el plan.

Rosa llegó a su casa sucia, con la cara embadurnada de barro y mocos, el pelo enmarañado y la dichosa capa hecha trizas.

Entre hipos y sollozos, relató a sus padres y hermanos la terrible aventura que había vivido : el encuentro con un lobo muy grande que la persiguió durante mucho rato con la intención, seguro, de comérsela hasta que apareció un hombre mayor, al que no conocía, que disparó contra el animal.

Ella, les dijo, estaba escondida detrás de unas plantas muy altas y el hombre no pudo verla pero ella sí vio cómo él arrastraba al lobo hacia la orilla del río, le abría la tripa con un cuchillo enoooooorme que sacó del cinto y le

metía piedras en la barriga; después le empujó hacia el río y le tiró al agua y, claro, con el peso de las piedras, se hundió enseguida.

Asustada y muerta de miedo (dijo la muy embustera) había corrido por el bosque, perdiéndose. Y como era tanto el susto, le costó muchísimo encontrar de nuevo el camino de vuelta.

El padre y sus hermanos la miraban boquiabiertos y llenos de lástima, abrazándola y consolándola. Petra, sin embargo, la miró a los ojos mientras contaba su historia y supo que estaba mintiendo de principio a fin.

¡Peor para ella! se dijo. Mañana hablaré muy en serio con esta mocosa y no la va a salvar nadie de una buena paliza.

¡Qué asco de familia y qué asco de vida! pensó mientras, un día más, les servía la cena.